

que salta cuando el resorte es oprimido. Hay más cuevas y recovecos en el alma humana de lo que suponen estos baratísimos Horacios, que todo lo arreglan manifestando lo que «ellos harían» en caso tal, como si existiese patrón á que ajustar la riqueza desbordante de los sentimientos, su variedad infinita; su impetuosa florecencia, su complicada maraña ó red. El que lleva en sí mismo su propio límite, no debe creer que ese es el límite universal, procediendo al modo de aquel individuo que todo lo media con su paraguas.

Los que leen estas crónicas saben que yo les hablo poco ó nada de mi literatura. Creo no haberlo

zase el primer acto. Los orígenes de esta predisposición feroz de los espectadores serán quizás los que señala Zeda, y á ellos pudieran sumarse varios móviles de muy diversa índole, que aquí no he de analizar; pero el recurso de que echaron mano para indisponer al público con mi primer drama, quince ó veinte días antes de que se estrenase, fué formarle una *leyenda negra*, dando por cierto que allí moría hasta el apuntador, y no sé si media docena de espectadores de orquesta.

Como ciertas famosas Cortes, mi drama estaba «deshonrado antes que nacido», y tenía hasta su apodo: se llamaba por mal nombre «El huerto del francés.»

He aquí por qué me interesa, en la medida de lo posible, que no se me atribuyan mayor número de homicidios de los que realmente cometí.

A Zeda el drama *Verdad* le parece una equivocación, á pesar de reconocer que hay en él «grandeza de concepción, cantidad de talento, escenas, rasgos y frases de extraordinario valor, etc.» Yo no he de discutir el mérito ó demérito de una obra mía; pero sin entrar en tales apreciaciones, quisiera aquilatar el alcance de la palabra *equivocación* en arte dramático. No se me ocurre negar que, en efecto, me equivocué en *Verdad*, ó mejor dicho, me hubiese equivocado, si de antemano llevase la presunción de ser aplaudida en esa obra; mas no la llevaba; la obra me parecía, como se dice en *argot* teatral, peligrosa, amén de extraña y nueva, que es otro peligro. Sabía yo además que detrás del público hostil vendría la crítica encarnizada, recargando; sabía que á mí no se me aplicaría absolutamente ninguno de los criterios de tolerancia que diariamente veo aplicar, y que para mí no se han hecho. En este respecto no me equivocué, no podía equivocarme.

En el que llamaremos teatral, es indubitable que, dando por supuesto que se escribe para un público, ese público no gustó de mi obra.

Ese público era el de determinado teatro, en determinado período del arte dramático, en determinada nación. Con respecto á este público, me he equivocado. Es decir, con respecto á una gran parte de ese público, supongo que la mayoría. Una minoría importante por su inteligencia, por su sinceridad y su amor al arte, ha opinado de modo completamente opuesto, exaltando á *Verdad* en términos que no he de reflejar ni comentar. Basta saber que no fué mi equivocación de esas por nadie negadas, sino de las que promueven discusión, marejada y revuelo literario.

Y lo que me ha hecho comprender que *Verdad* no ha caído en el pozo de apacible indiferencia que se sorbe tantas obras rechazadas y aun aplaudidas, es que los partidarios de *Verdad* no son, por lo general, del número de mis amigos, y que entre mis amigos abundan los adversarios de esa obra. Yo recojo toda opinión, yo adiciono esas impresiones, con la calma rayana en flemma británica que tengo en estos asuntos, y sin la cual no me hubiese determinado nunca á escribir para el teatro, pues no conozco ser más digno de compasión que un autor dramático excesivamente nervioso, y á veces he aplaudido obras que no me satisfacían, pensando en el sufrimiento del que aguarda, detrás de una bambalina, el pasajero testimonio de la aprobación de la multitud.

En parte, mi calma se debe á que tomo el teatro—sin exceptuar el mío—como *espectáculo*. Es decir, que lo referente á ensayos, estrenos, éxitos y la mecánica interior que esto lleva en sí, despiertan mi curiosidad lo suficiente para entretenerme como á un mero *dilettante*, por la observación y el análisis de pasiones, miserias, luchas é ilusiones que ello envuelve. Hay en el teatro infinitos elementos ajenos á la literatura, que le prestan interés humanísimo. Es un estudio, más viviente y sangrante que el de los libros.

Es vida en que el artificio y la realidad, combiniándose, dan por resultado un poco más de experiencia.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El caso del hermano vengador, que estos días ha dado pábulo á las conversaciones (con nota general de simpatía, es forzoso reconocerlo), plantea una vez más la eterna cuestión de lo que es el honor, cómo debe entenderse la palabra, á qué obliga, y hasta qué extremo conducen sus tiránicas exigencias.

No creo que nadie lo discuta: el toque del honor consiste, casi exclusivamente, en el concepto que de nosotros forman los demás. Hay en esto subjetivismos, pero nacen siempre de lo objetivo.

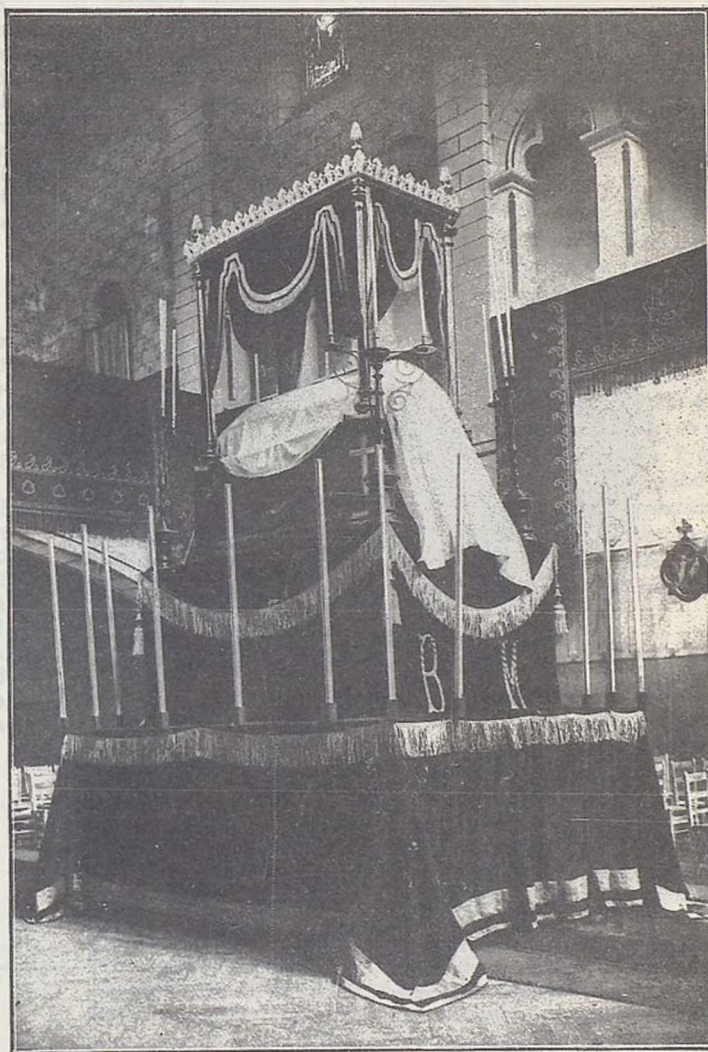
¿Y quiénes son *los demás*, en la circunstancia de este hermano vengador? El personal de ferrocarriles; sus conocimientos; sus amistades; el círculo en que se agita; el número de personas que le saluda, ó puede, al encontrarse, pronunciar su nombre.

Es claro que si el hermano vengador se hubiese encontrado, por arte de magia, trasladado á un punto del globo donde nadie, absolutamente nadie, sospechase la deshonra de su hermana, y por lo tanto no supusiese en él ese deber de vindicar la honra de la hembra que al varón incumbe, no cruzaría por la mente de este hermano, que no es hombre de instintos criminales, la idea de meterle cinco balas en el cerebro al seductor.

Conviene, pues, que la sociedad se muestre indulgente con semejantes delitos, una vez que es la opinión, producto de la sociedad, la que á cometerlos incita.

No quiero dar á entender que existan puntos de honra de varias clases, aplicables los unos á las personas de muy elevada posición y los otros á las que no ocupan lugar tan preeminente en sociedad. Los sentimientos honrosos y fortísimos que deciden ciertos actos, pueden surgir, y surgen, quizás con mayor fuerza y energía, en los corazones de la gente humilde, ó de modesto pasar y condición; todos los días vemos confirmada esta verdad. Sin embargo, lo cierto es que la mancha en la opinión de una señorita que no brilla ni bulle, sólo se hace pública cuando alguien de su familia toma resonante y trágica venganza. No es esta de las menores anomalías que en el concepto de honor cabe observar. Ignorábamos todos el drama de familia que nos revelaron los disparos de revólver hechos con firme pulso y singular acierto por el matador de Bechades. Este drama se sabría únicamente en un círculo reducido; pero ese círculo era el que importaba, el que preocupaba, el que decidía del punto de honra, para el hermano vengador, el cual, en vez de *secreta venganza*, buscó la publicidad del castigo, compensación de ya antiguas y ocultas amarguras.

Porque es indudable que lo tardío de la resolución, en vez de probar que el hermano vengador procedió á sangre fría, prueba que obedeció á una obsesión violenta, dominadora. La indignación, el dolor de los primeros instantes, se transformaron en idea fija, con la cual habrá luchado día y noche, entre el retemblido del humeante tren y el sordo fragor con que cruza los sombríos túneles. Cuando una resolución de ese género prende en el cerebro, el tiempo no hace más que desarrollarla, prestarle caracteres de fatalidad. La superficial psicología que por ahí se gasta no comprende sino el impulso instantáneo, como de diablito de caja de sorpresa,



BARCELONA. — Funerales celebrados en la iglesia de la Casa Provincial de Caridad el día 16 de los corrientes en sufragio del alma del ex presidente de la República Argentina D. Bartolomé Mitre, por iniciativa del Sr. Cónsul de la República y de varios argentinos y españoles admiradores del esclarecido ciudadano. — Vista del catafalco levantado en el centro de la iglesia. (De fotografía de Castellá.)

hecho dos veces en muchos años. Mi vida literaria es movida, activa y fecunda, pero no la traigo á altener con «La vida contemporánea» en las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Hago ahora una excepción porque en esas páginas, en la crónica de teatros del Sr. Zeda, leo algo que á mí se refiere y que me da pie y hasta en cierto modo me obliga á escribir consideraciones de carácter personal.

Cualquier lector, en mi caso, haría lo mismo. De cierto, lector, si te imputan una muerte que no cometiste, te apresuras á vindicarte.

Trátase de mi drama *Verdad*, recientemente estrenado en el teatro Español. Zeda dice que, de los personajes que intervienen en la obra, tres mueren de mala muerte en el transcurso de ella. Yo necesito rectificar: no son sino dos, y una de estas dos muertes es involuntaria. La vieja Ildara muere de su muerte natural, y no se la ve morir: el fallecimiento de este personaje episódico se sabe que ocurrió entre el primero y el segundo acto.

El pormenor tiene su importancia, no sólo por lo que significa dentro de los actuales gustos del público, que se revela abolicionista de la pena de muerte en el teatro, sino por referirse á una obra que, según el Sr. Zeda declara con sinceridad que le agradezco, tenía que luchar cual ninguna otra en la temporada y desde años hace con hostilidades del auditorio.

Esto no lo ha dicho sólo Zeda: voz unánime ha sido la de que existía una prevención especial en contra de mi drama, prevención que no esperó, para manifestarse, ni á que se levantase el telón y comen-